

HISTORIA DE LAS REVUELTAS PANAFRICANAS

C.L.R. James



1

EL SANTO DOMINGO FRANCÉS

La historia de la relación entre los negros y las civilizaciones europeas se puede dividir en dos apartados: el negro en África y el negro en América y las Indias Occidentales. Hasta los años ochenta del siglo pasado⁵⁴ solo una décima parte de África se encontraba en manos europeas. Por consiguiente, hasta entonces solo tenían importancia política para la historia occidental los intentos de liberación de los negros del mundo occidental. En el último cuarto del siglo XIX, las civilizaciones europeas volvieron a mirar hacia África, no para buscar esclavos que trabajasen en las plantaciones americanas, sino con el deseo de un control real de su territorio y población. En la actualidad (1938) la cuestión de los africanos en África es uno de los principales problemas de la política contemporánea. Este texto es un intento de dar cuenta y analizar las revueltas negras a lo largo de los siglos: en la época de la esclavitud, en África durante los últimos cincuenta años y en América y las Indias Occidentales en la actualidad.

54 Del siglo XIX [N. de la T.]

Resulta imposible en este espacio limitado abordar la trata de esclavos y la esclavitud. Por el mismo motivo, ha sido necesario omitir el relato de las primeras revueltas en las Indias Occidentales y la incesante guerra de guerrillas organizada en las islas por los cimarrones (esclavos fugitivos) contra sus antiguos amos. Los negros se han rebelado continuamente y una vez. En la Guayana holandesa, los esclavos sublevados llegaron a controlar casi toda la colonia durante meses. En el siglo XVIII la mayor colonia de las Indias Occidentales era el Santo Domingo francés (ahora Haití) y allí tuvo lugar la más famosa de las revueltas negras. Se trata de un buen punto de partida.

1789 supone un hito en la historia de las revueltas panafricanas en las Indias Occidentales. La única revuelta exitosa, la única revuelta de esclavos que ha tenido éxito en toda la historia, enraíza en la Revolución francesa y sin ella su éxito habría sido imposible.

Durante el siglo XVIII, Saint Domingue o el Santo Domingo francés⁵⁵ era muy próspero y en 1789 recibía 40 000 esclavos al año. En 1789, el comercio exterior total del Reino Unido ascendía a veintisiete millones de libras, de las cuales el comercio de esclavos suponía solo cinco millones. El comercio exterior total de Francia ascendía a diecisiete millones y solo Santo Domingo era responsable de once de ellos. «Triste ironía de la historia humana», comenta Jaurés. «Las fortunas creadas en Burdeos, en Nantes, por el comercio de esclavos, dieron a la burguesía ese orgullo que precisa de la libertad y que contribuyó a la emancipación humana». El sistema colonial del siglo XVIII ordenaba que cualquier

55 De ahora en adelante se utilizará la denominación Santo Domingo para referirse a la parte francesa de la isla y se especificará cuando se hable de la parte española [N. de la T.]

producto manufacturado que necesitasen los colonos se debía comprar en Francia. Y ellos solo podían vender sus productos a Francia. Además, los productos solo se podían transportar en barcos franceses. Esto generaba un conflicto encarnizado y constante entre los colonos de las plantaciones y el gobierno en Francia, el mismo conflicto que originó la Guerra de Secesión. Los colonos estadounidenses consiguieron su libertad en 1783 y en menos de cinco años la actitud británica hacia el comercio de esclavos cambió por completo.

Hasta 1783 los británicos habían sido los que más habían recurrido al comercio de esclavos. Pero ahora, además de haber perdido EE. UU., tenían que transportar en sus barcos gran parte de los 40 000 esclavos anuales que eran la base de la prosperidad de Santo Domingo. El comercio en Santo Domingo prácticamente se duplicó entre 1783 y 1789. Las colonias británicas de las Indias Occidentales eran pobres en comparación y, tras la pérdida de EE. UU., fueron perdiendo aún más importancia. El monopolio de las plantaciones de azúcar de las Indias Occidentales irritaba a la naciente burguesía industrial, potencialmente librecambista. Adam Smith y Arthur Young, economistas de la incipiente era industrial, se quejaban del alto coste del trabajo esclavo. La India era ejemplo de un país en el que un trabajador solo costaba un penique al día, no había que comprarlo y nadie era llamado esclavista. En 1787, se fundó la Sociedad Abolicionista y el Gobierno británico, que unos años antes había amenazado con destituir a un Gobernador de Jamaica si se entrometía lo más mínimo en el comercio de esclavos, cambió de opinión. Si la trata de esclavos se acababa de golpe, Santo Domingo se arruinaría. En cambio, las islas británicas no perderían nada, pues parecía que

ya tenían todos los esclavos que necesitaban. Es cierto que los abolicionistas trabajaron duro y, por ejemplo, Clarkson era un hombre honesto y sincero. Su propaganda conmovió a mucha gente. Pero lo determinante fue que un sector considerable e influyente de los hombres de negocios británicos pensaba que el comercio de esclavos era una mancha en su nombre y un agujero en su bolsillo. Esta evidencia se detalla en *Los jacobinos negros*, obra de este mismo autor publicada en 1938 [revisada en 1963].

La Sociedad Abolicionista se creó en 1787. En ese momento, en Francia se cocía la revolución y los humanitarios franceses formaron una sociedad paralela, los «Amigos del negro». Pedían la abolición del comercio de esclavos, pero también de la propia esclavitud. Entre sus miembros se encontraban Brissot, Mirabeau, Condorcet, Robespierre, muchos de los grandes nombres de la Revolución. Ignoraban o minimizaban el hecho de que, a diferencia de Reino Unido, dos tercios del comercio francés de ultramar dependían del comercio de esclavos. Wilberforce y Clarkson les ayudaron, apoyaron económicamente a la sociedad e hicieron propaganda activa en Francia. Esta era la actitud que había en Europa cuando comenzó la Revolución francesa.

En esa época, Santo Domingo tenía 500 000 esclavos y solo 30 000 mulatos y un número similar de blancos. Los dueños de esclavos de Santo Domingo enseguida abrazaron la revolución y, como cada sector entendió la libertad, igualdad y fraternidad a su modo, enseguida se desató una guerra civil entre ellos. Algunos de los blancos ricos, especialmente los que tenían deudas con los comerciantes franceses, querían seguir el ejemplo de EE. UU. y gobernar ellos. Los mulatos querían acabar con las limitaciones que sufrían; los

blancos pobres querían convertirse en amos y señores, como los blancos ricos. Lucharon ferozmente entre sí. Los colonos blancos lincharon y asesinaron a mulatos solo por atreverse a reclamar igualdad. A su vez, los blancos se dividían en realistas y revolucionarios. En un principio, las asambleas revolucionarias francesas evitaron tratar la cuestión de los derechos de los mulatos, luego les otorgaron ciertos derechos, más tarde se los volvieron a quitar. Los mulatos y los blancos lucharon y, por necesidad, armaron a sus esclavos. Las noticias de Francia, las consignas de libertad, igualdad y fraternidad, la exaltación política en Santo Domingo, la guerra civil entre blancos ricos, blancos pobres y mulatos: dos años más tarde, todo eso empujaría a los esclavos a la revolución. En julio de 1791, en el norte densamente poblado, se planeaba un levantamiento.

Los esclavos trabajaban la tierra e, igual que los campesinos revolucionarios de todo el mundo, su objetivo era acabar con sus amos. Pero, al trabajar y vivir juntos en cuadrillas de cientos de personas en las enormes fábricas de azúcar que cubrían las llanuras del norte, estaban más cerca de ser un proletariado moderno que cualquier otro grupo de trabajadores de la época. Por consiguiente, el levantamiento fue un movimiento de masas minuciosamente preparado y organizado.

Una noche de agosto se desató una tormenta tropical, con relámpagos, rachas de viento y fuertes chubascos. Iluminando su camino con antorchas, los líderes de la revuelta se reunieron en un claro de los espesos bosques de Morne Rouge, la montaña que domina Cap François, la ciudad principal. Allí, después de realizar conjuros vudú y beber la sangre de un cerdo, Boukman, el líder, dio las últimas indicaciones.

Se pusieron en marcha esa misma noche. Cada grupo de esclavos asesinó a sus amos y quemó las plantaciones. Los esclavos lo destruyeron todo. Sabían que, mientras existieran esas plantaciones, su destino sería trabajar en ellas hasta caer muertos. Violaron a todas las mujeres que cayeron en sus manos, a menudo sobre los cuerpos aún calientes de sus maridos, padres y hermanos. Pero no mantuvieron este espíritu vengativo durante mucho tiempo. A medida que la revolución se extendía, perdonaron la vida a muchos hombres, mujeres y niños que encontraron en las plantaciones. Con los únicos con los que no tuvieron piedad fue con los prisioneros de guerra. Les arrancaban la piel con tenazas al rojo vivo, los asaban lentamente en hogueras, a un carpintero le cortaron en dos en su propio banco de trabajo. A pesar de ello, en general, sus torturas no se parecían ni de lejos a lo que ellos mismos habían sufrido.

Los dueños blancos de las plantaciones no quisieron tomarse en serio la revuelta de esclavos. Siguieron conspirando contra los mulatos y amenazando al gobierno francés. Pero, a medida que aumentaba el caos, los realistas ricos se tragaron sus prejuicios raciales y se unieron a los mulatos contra los colonos revolucionarios, dueños de plantaciones. Mientras tanto, la insurrección prosperó hasta tal punto que solo unas semanas más tarde había unos cien mil esclavos sublevados, formando grandes grupos. Los líderes eran Jean-François y Biassou, y Toussaint L'Ouverture se unió a ellos un mes después de iniciada la revuelta. Tenía cuarenta y seis años, había sido el cochero de su amo pero, por su inteligencia, le pusieron a cargo del ganado de la finca, un puesto ocupado normalmente por hombres blancos. Había recibido cierta educa-

ción pero no sabía escribir correctamente en francés y normalmente hablaba en criollo, es decir, en el patois francés local.

En su primera primavera en la ciudad, estos líderes, desconcertados, no sabían qué hacer. El gobierno francés envió a unos comisarios que les amenazaron con que las fuerzas armadas estaban a punto de llegar (imaginarias, en gran medida) y los líderes negros decidieron traicionar a sus seguidores. Escribieron a los comisarios prometiendo que, a cambio de la libertad de unos cuantos cientos, cooperarían para que los demás volvieran a la esclavitud y ellos mismos perseguirían a los reacios. Toussaint, que estaba a cargo de las negociaciones, acabó reduciendo la oferta de 400 a 60. Los comisarios franceses aceptaron encantados, pero los dueños blancos de las plantaciones se negaron con desdén. Así, Toussaint perdió la esperanza de encontrar una solución, aunque supusiera una traición, y empezó a organizar un pequeño grupo de soldados.

La legislatura francesa estaba entonces bajo el liderazgo de Brissot y los girondinos. Consiguieron convencer a los sectores coloniales de que les convenía conceder todos los derechos a los mulatos y, en abril de 1792, esto se materializó en una ley. Pero Brissot, que había sido un valiente propagandista a favor de la abolición antes de llegar al poder, no quiso ir más allá. No solo no abolió la esclavitud, sino que él y su gobierno enviaron tropas a aplastar la revuelta de los esclavos. Esas tropas llegaron a Santo Domingo, pero antes de que pudieran comenzar su ataque se produjeron unos acontecimientos en París que cambiaron completamente el curso de la Revolución francesa y, al mismo tiempo, de la revolución negra de Santo Domingo.

El 10 de agosto de 1792, la muchedumbre de París, cansada de las equivocaciones e indecisiones de los parlamentarios, asaltó las Tullerías y arrancó del trono a los Borbones. Una ola de entusiasmo libertario barrió Francia y, aunque al comienzo de la revolución había cierta indiferencia hacia la esclavitud, ahora la Francia revolucionaria odiaba especialmente a los blancos coloniales, «los aristócratas de la piel». En Santo Domingo, las noticias del diez de agosto dividieron de tal forma a los esclavistas que se avivó la guerra civil entre ellos, que ya había terminado. Cualquier conflicto que hubiera entre los dueños de esclavos suponía una fuente adicional de fuerza para los propios esclavos.

En febrero de 1793 estalló la guerra entre la Francia revolucionaria y el Reino Unido y España. Los españoles del Santo Domingo español habían ayudado desde un principio a los esclavos contra los franceses. Llegados a este punto, les ofrecieron una alianza formal y los esclavos corrieron a unirse a España. A un esclavo colonial le daba lo mismo que Francia fuese una república o una monarquía reaccionaria si no abolía la esclavitud. Toussaint L'Ouverture también fue con los demás pero, en secreto, les ofreció a los franceses los servicios de su grupo organizado si abolían la esclavitud. Se negaron. Hizo una oferta similar al comandante español, que también se negó. Toussaint decidió quedarse donde estaba y observar los acontecimientos. Al final, Sonthonax, el comisario francés, desesperado, amenazado por España y cada vez más abandonado por los negros franceses, abolió la esclavitud como último recurso para conseguir apoyo. Su estrategia fracasó. Toussaint se quedó con los españoles y conquistó para ellos la mayor parte de la provincia norte. Para los colonos, la abolición fue la gota que colmó el vaso y le

ofrecieron la colonia a Pitt, que mandó una expedición desde Europa para tomar todas las colonias francesas de las Indias Occidentales. Los británicos se llevaron todo por delante y en junio de 1794 más de dos tercios de Santo Domingo y casi todas las islas francesas de importancia estaban en manos británicas. El resto parecía solo cuestión de días.

Pero, mientras tanto, en Francia la revolución había seguido creciendo. Antes de acabar el año 1793, Brissot fue expulsado del poder. Robespierre y la Montaña gobernaban y dirigían la Revolución contra sus enemigos internos y externos. Para entonces, toda la Francia revolucionaria había abrazado la causa de los esclavos, muchos se negaban incluso a beber café por estar manchado de sangre humana. El 4 de febrero de 1794, la Convención abolió la esclavitud sin discusión. «Los ingleses están acabados», gritó Danton. «Pitt y sus intrigas han llegado a su fin». El gran maestro de la táctica revolucionaria había sabido mirar más allá. La flota británica impidió que la oprimida revolución de color recibiese ayuda pero el decreto de la abolición puso a los negros de forma incondicional del lado de los franceses. Toussaint se unió inmediatamente a los franceses y masacró a sus antiguos aliados españoles, tanto negros como blancos. Al mismo tiempo, en Martinica, Guadalupe y demás colonias francesas, los esclavos negros, cantando *Ça Ira* y la *Marsellesa* y vestidos con los colores de la República, comenzaron a expulsar a los británicos de las islas francesas y luego llevaron la guerra hasta el territorio británico.

En 1795 España firmó la paz y en 1799 los esclavos negros y los mulatos ya habían expulsado a los británicos de Santo Domingo y de casi todas las colonias francesas. Fortescue, historiador conservador del

ejército británico, ofrece un vívido relato de este colosal desastre. El Reino Unido perdió 100 000 hombres en las Indias Occidentales en esos cuatro años, dos veces y media más que los que Wellington perdió en toda la Guerra de la Independencia Española. La fiebre hizo estragos, pero Toussaint L'Ouverture y Rigaud, un mulato, en Santo Domingo, y Victor Hugues, otro mulato, en Martinica y las islas menores, consiguieron una de las victorias más importantes de las guerras revolucionarias francesas. En palabras de Fortescue, ayudados por las fiebres, «prácticamente destruyeron el ejército británico». Durante seis años, Inglaterra estuvo atrapada en las Indias Occidentales y, por citar a Fortescue una vez más, el motivo por el que el Reino Unido desempeñó un papel insignificante en los primeros seis años de guerra contra la Francia revolucionaria se resume en «dos terribles palabras: Santo Domingo». El papel determinante de los negros en el éxito de la gran Revolución francesa nunca ha recibido el reconocimiento que merece. Si la revolución en Europa deja de lado a los trabajadores de color, será por su cuenta y riesgo.

Una vez expulsados los británicos, L'Ouverture ocupó una posición de poder. Fue nombrado general de división del ejército francés, con oficiales blancos a su cargo. Pero en cuanto los británicos fueron expulsados, los franceses empezaron a conspirar contra él. Tramaron una disputa entre él y Rigaud, el mulato, que desembocó en otra sangrienta guerra civil. Toussaint salió victorioso y luego ocupó el Santo Domingo español. Estableció un gobierno fuerte en toda la isla, redactó una constitución que le convertía en primer cónsul vitalicio, otorgó a Santo Domingo el autogobierno y concentró en sus manos todo el poder. En dieciocho meses había devuelto a la colonia, devastada por años

de guerra civil, dos tercios de su antigua prosperidad. Era un déspota que confinaba a sus trabajadores en las plantaciones y, con severos castigos, evitaba que se interfiriera en su voluntad. Pero también protegía a los trabajadores de las injusticias de sus antiguos amos. Se aseguraba de que les pagaran sus salarios. Estableció el libre comercio y la tolerancia religiosa, erradicó la discriminación racial, intentó sentar las bases de un sistema educativo, mandó a jóvenes mulatos y negros a Francia para que recibieran una educación que les permitiera volver y gobernar. Trataba a los blancos con una consideración y cortesía excepcionales, hasta el punto de que los trabajadores negros empezaron a desconfiar de él. Demasiado seguro de su influencia sobre los negros, sacrificó su popularidad para complacer a los franceses.

Pero la situación política en Francia había empeorado. La revolución se estabilizó con Bonaparte. Y Bonaparte quería reinstaurar la esclavitud. Mandó una expedición con su cuñado Leclerc y casi 60 000 hombres. Al principio, Toussaint vaciló, luego luchó y finalmente llegó a un acuerdo. Por un ardid fue capturado y enviado a Francia, donde murió en una prisión de los Alpes. Pero, en cuanto se conocieron los planes de Bonaparte para reinstaurar la esclavitud y toda la discriminación del antiguo régimen, la población, engañada en un principio por las falsas proclamas de Leclerc, se rebeló. Dessalines, uno de los lugartenientes de Toussaint, ya había llegado a la conclusión a la que nunca llegó Toussaint: que la única forma de garantizar la libertad era la independencia. Los mulatos, que antes habían apoyado a Bonaparte, se unieron a los negros y juntos libraron una desesperada guerra de independencia. Para ganar prácticamente tuvieron que

destruir la isla. Francia perdió 50 000 hombres, a causa de las bajas en combate y de las fiebres. Las crueldades cometidas por los franceses en los últimos coletazos de la guerra civil fueron mucho peores que los peores actos de los viejos tiempos esclavistas. Dessalines, inculto y sin el carácter de Toussaint, lideró a su pueblo con una crueldad similar a la de los franceses.

La actitud de los blancos hacia los cambios en el régimen de Santo Domingo arroja una valiosa luz sobre los prejuicios raciales. Antes de la revolución, se despreciaba a los negros hasta el punto de que las mujeres blancas se desnudaban ante ellos, como hoy en día lo hacen ante un perro o un gato. Diez años más tarde, cuando los antiguos esclavos ya gobernaban el país, la mayor parte de los blancos aceptaba el nuevo régimen, confraternizaba con los antiguos esclavos, que ahora eran generales, y se sentaba a sus mesas; y las mujeres blancas, pertenecientes a algunas de las familias más prestigiosas de la aristocracia francesa, se tiraban descaradamente a los pies del dictador negro, le mandaban mechones de pelo, recuerdos, cartas apasionadas... Y sin embargo, cuando se atrevían, seguían mostrando la misma hostilidad que siempre hacia los trabajadores negros. Cuando llegó la expedición de Leclerc, los blancos se apresuraron a unirse a ella y participaron activamente en los espectáculos de gladiadores en los que los perros se comían a negros vivos, etc. Pero cuando se dieron cuenta de que la expedición de Leclerc estaba condenada al fracaso, se desvincularon de ella y se volvieron otra vez hacia los negros. Dessalines, el nuevo dictador, declaró la independencia de la isla, pero les prometió mantener sus propiedades. Esto era suficiente para ellos. Cuando los comandantes franceses se disponían a evacuar la isla, ofrecieron a los

colonos blancos un hueco en sus barcos. Los colonos se negaron, satisfechos de seguir viviendo entre negros que ya no eran franceses, ni siquiera por lealtad: los negros de Santo Domingo le pusieron a la isla su antiguo nombre caribeño, Haití, para hacer hincapié en su ruptura con Francia.

Pero si los británicos y los estadounidenses, que eran los mayores esclavistas del mundo, estaban a favor de la victoria de los negros era para acabar con los franceses. Durante toda la campaña de Leclerc, los periódicos británicos y estadounidenses criticaban a los franceses y alababan a Toussaint y los negros. Y no les gustaba que en la isla se quedaran algunos franceses. Dessalines, que odiaba a los blancos por todas las traiciones cometidas, quería matar a tantos como fuera posible, pero Christophe y Clairveaux, sus dos lugartenientes de confianza, no opinaban igual, y la mayor parte de la población quería que se acabase el baño de sangre. Cathcart, un agente inglés en Santo Domingo, le dijo a Dessalines que los británicos no comerciarían con él ni le darían protección a menos de que todos los franceses fueran asesinados. Poco después los franceses fueron masacrados. M. Camille Guy cuenta la historia y da fuentes originales en su panfleto número 3 del *Bulletin de géographie*, publicado en París en 1898. En él también detalla los regalos enviados a Dessalines para su coronación, desde Londres y desde EE. UU. No hará falta decir que en la mayor parte de los libros que tratan este tema, el negro Dessalines es el único responsable de la masacre.

La victoria de los negros de Santo Domingo acabó con el comercio de esclavos en las Indias Occidentales y con la esclavitud. Durante muchos años, Francia albergó la esperanza de recuperar la colonia.

Los haitianos le hicieron saber que resistirían hasta el último hombre y lo quemarían todo. Finalmente, Francia se resignó a la pérdida y, tras la retirada de Santo Domingo del comercio antillano, en 1807 se abolió el comercio de esclavos y en 1834, la esclavitud. Los colonos ingleses lucharon mucho, pero la historia estaba en su contra. La revolución que tuvo lugar en Francia en 1848, durante su efímero periodo de éxito, acabó con la esclavitud en las colonias francesas.

La revolución de Santo Domingo es la única revuelta negra que tuvo éxito, por lo que vale la pena señalar las razones de la misma. En primer lugar, los negros lucharon espléndidamente y sus adversarios les rindieron encendidos homenajes. Pero muchos habían luchado bien antes y han luchado bien desde entonces. Tuvieron también la suerte de tener tiempo para organizarse como soldados. Esto se debe a que pudieron inspirarse en la Revolución francesa y, además, entre 1794 y 1797 contaron con el apoyo activo de la Francia revolucionaria. Los suministros y refuerzos que llegaron fueron relativamente pequeños, pero se destinaron a apoyar y no a frenar la revolución de los esclavos. Este fue el factor decisivo. La situación internacional también les ayudó. Pero el conflicto entre el Reino Unido y Francia y luego entre Francia y España fue también fruto de la revolución. Durante la última campaña, en un momento crítico, la declaración de guerra entre Francia e Inglaterra después del breve intervalo que siguió a la Paz de Amiens hizo que la victoria de los negros de Santo Domingo fuese inevitable. No obstante, no podemos olvidar que los negros reaccionaron con gran habilidad. Los españoles y, en las últimas fases tras su derrota, también los británicos, ofrecieron acuerdos con la intención secreta de volverse contra ellos más

tarde y reinstaurar la esclavitud. Maitland, el general británico, lo deja muy claro en su carta al Secretario de Asuntos Exteriores, Dundas, del 26 de diciembre de 1798, que se conserva en la *Public Record Office*.⁵⁶ Pero Toussaint nunca llegó a comprometerse con los británicos. Si bien recibió de ellos toda la ayuda que pudo, siempre se negó a establecer estrechas alianzas. De este modo, aprovechó con gran habilidad las contradicciones imperialistas cuando la Francia revolucionaria, destrozada, ya no pudo ayudarle.

Queda por señalar un aspecto de la lucha que, aunque secundario, es de extrema importancia. Durante el periodo revolucionario, los negros lucharon bajo los lemas de la libertad y la igualdad. Abrazaron la doctrina revolucionaria, pensaban en términos republicanos. Como resultado, estos esclavos, analfabetos, medio salvajes y degradados por su esclavitud de una forma que solo siglos de esclavitud pueden lograr, alcanzaron una ambición en sus aspiraciones sociales y una elevación del pensamiento político equivalente a la que se daba en Francia. Se han conservado cientos de cartas y declaraciones de Toussaint, algunas de ellas en los archivos nacionales de Francia, otras en Santo Domingo. También hay documentos de negros y mulatos contemporáneos. Christophe y Dessalines, que compartían el liderazgo con Toussaint, eran analfabetos, esclavos que cambiaron de rango. Pero ellos y sus compañeros actuaban, hablaban y lideraban a sus hombres como revolucionarios modernos altamente capacitados.

Veamos algunos ejemplos. No todos los negros se unieron a los franceses. Algunos se quedaron con los

56 Institución británica en la que desde 1838 se conservaban los archivos nacionales de Reino Unido [N. de la T.]

gobernantes españoles del Santo Domingo español. Su líder, rebotante de orgullo racial, rechazó las propuestas de los franceses y le dijo a Laveaux, el comandante francés, que solo se creería la supuesta igualdad que predicaba cuando viese cómo Monsieur Laveaux y otros caballeros de altura daban la mano de sus hijas a hombres negros. Pero los negros republicanos eran los que más despreciaban a los negros monárquicos. Ejemplo de ello es la siguiente declaración, en respuesta a las propuestas hechas en nombre de las autoridades españolas por los negros que apoyaban el antiguo régimen:

Somos republicanos y, por consiguiente, libres por derecho natural. Solo los Reyes, cuyo nombre ya expresa lo más vil y rastrero, se atreven a arrogarse el derecho a someter a la esclavitud a hombres como ellos, libres por naturaleza.

El Rey de España os provee con abundantes armas y munición. Usadlas para apretar vuestras cadenas... En lo que a nosotros respecta, no necesitamos más que palos y piedras para poneros a bailar...

Habéis recibido órdenes y tenéis garantías. Guardad vuestras libreas y vuestros pergaminos. Un día podréis usarlos, igual que nuestros antiguos aristócratas usaban sus elegantes títulos. Si el rey de los franceses, que arrastra su miseria de corte en corte, necesita esclavos que le ayuden en su magnificencia, que vaya a buscarlos de otros reyes, pues tienen tantos como súbditos.

Cuando, en 1797, Toussaint L'Ouverture empezó a sospechar que el gobierno francés estaba en manos de ciertas fuerzas que podrían querer reinstaurar la esclavitud, escribió una carta al Directorio que parece salida de la pluma del propio Mirabeau, Danton o Robespierre, en vez de la de un esclavo que la dictaba en patois local y luego hacía que escribieran y reescribieran sus pensamientos hasta que sus secretarios conseguían encontrar la forma que él deseaba.

¿Green que los hombres que han conocido la bendición de la libertad se quedarán de brazos cruzados viendo cómo se la arrebatan? Solo soportaron sus cadenas mientras no conocieron mejor condición que la de la esclavitud. Pero hoy que la han abandonado, si tuviesen mil vidas las sacrificarían todas antes de verse sometidos de nuevo a la esclavitud. Pero no, la misma mano que ha roto nuestras cadenas no volverá a esclavizarnos. Francia no revocará nuestros principios, no nos retirará el mayor de sus beneficios. Nos protegerá de todos nuestros enemigos; no permitirá que se pervierta su sublime moralidad, que se destruyan aquellos principios que más la honran, que se degraden sus más altos logros y se revoque su Decreto del 16 de pluvioso que honra a toda la humanidad. Pero si, para restablecer la esclavitud, en Santo Domingo, se pretendiese llevar esto a cabo, entonces declaro que sería aspirar a lo imposible: hemos sabido cómo enfrentarnos al peligro para obtener la libertad; sabremos afrontar la muerte para defenderla.⁵⁷

Esta, ciudadanos del Directorio, es la moral del pueblo de Santo Domingo, los principios que os transmite por mi boca.

Los míos ya los conocéis. Basta con renovar, mi mano en la vuestra, el juramento que presté: dejar de vivir antes de que la gratitud muera en mi corazón, antes de que deje de serle fiel a Francia y a mi deber, antes de que el dios de la libertad sea profanado y pisoteado por los liberticidas, antes de que puedan arrancar de mi mano la espada, las armas, que Francia me confió «para la defensa de sus derechos y los de la humanidad, para el triunfo de la libertad y la igualdad».

Los prejuicios raciales estaban muy extendidos antes de la revolución y los negros y los mulatos se odiaban tanto como los negros y los blancos. A pesar de ello, en 1799, cuando estaba a punto de comenzar la guerra civil entre los negros del norte y el oeste y los mulatos del sur, una guerra civil basada en los diferentes intereses sociales de ambas clases, Rigaud, el líder mulato, en vez de destacar la diferencia de color, como

57 La cursiva es del propio Toussaint.

siempre habían hecho los mulatos hasta entonces, se defendía con una pasión conmovedora de las acusaciones de que atacaba a Toussaint, el comandante en jefe, por ser negro.

En efecto, si hubiera llegado al extremo de no querer obedecer a un negro, si fuera tan estúpidamente presuntuoso como para pensar que estoy por encima de esa obediencia, ¿con qué argumentos podría reivindicar la obediencia de los blancos? ¿Qué lamentable ejemplo les daría a aquellos bajo mis órdenes? Además, ¿hay tanta diferencia entre el color del comandante en jefe y el mío? ¿Es el tono de un color, más o menos negro, el que infunde principios filosóficos o confiere méritos a un individuo?... He consagrado mi vida a la defensa de los negros. Desde el comienzo de la revolución he alentado a todos a asumir la causa de la libertad. No he traicionado mis principios y jamás lo haré. Creo demasiado en los derechos del hombre como para pensar que un color es superior a otro por naturaleza. Para mí un hombre es un hombre.

La revolución impulsada por los revolucionarios franceses parecía haber forjado una nueva nación. La gran tragedia de Santo Domingo fue que, cuando la revolución en Francia retrocedió antes de ponerse en marcha, los antiguos esclavistas recuperaron su influencia y asediaron a los exhaustos negros.